



**AUTORA BESTSELLER CON DIEZ MILLONES
DE EJEMPLARES VENDIDOS.**

**LISA
JEWELL**

**NADA DE
ESTO ES
VERDAD**

**SUS MENTIRAS
PUEDEN MATARTE**

CROSS
BOOKS

**LISA
JEWELL
NADA DE
ESTO ES
VERDAD**

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *None of This Is True*
© del texto: Lisa Jewell, 2023

© de la traducción: Verónica García, 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29212-8
Depósito legal: B. 12.458-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE

Sábado 8 de junio de 2019

Josie nota que su marido no está a gusto justo cuando se adentran en el brillo dorado del *gastropub*. Ella había pasado por delante de este establecimiento cientos de veces. Pensaba: «No es para nosotros». Eran todos demasiado jóvenes. En la pizarra se leían nombres de platos que jamás había oído. «¿Qué será la *bottarga*?». Pero este año su cumpleaños caía en sábado y esta vez no dijo: «Bah, pedimos comida y abrimos una botella de vino y listo». Este año pensó en el brillo meloso del Lansdowne, en el zumbido de las conversaciones, en el champán en cubetas de hielo sobre las mesas de la terraza en los días cálidos del verano, y pensó en la escueta suma que le había dejado su abuela en su testamento y que había recibido el mes anterior; entonces se miró en el espejo e intentó verse como el tipo de persona que celebra su cumpleaños en un *gastropub* de Queen's Park y dijo: «Deberíamos salir a cenar».

—Pues vale —había respondido Walter—. ¿A algún sitio en particular?

Y ella había dicho:

—Al Lansdowne. Ya sabes. El sitio este de Salusbury Road.

Él se había limitado a alzar una ceja y a decirle:

—La cumpleañera decide.

Ahora le sostiene la puerta y ella accede. Se quedan plantados ante un cartel que reza: «Esperen a ser atendidos», y Josie observa a los comensales y a los bebedores, con el bolso bien apretado contra la barriga.

—Fair —le dice al jovencito que aparece con un portapapeles en la mano—. Josie Fair. Reserva para las siete y media.

Él les sonrío a ambos y dice:

—Mesa para dos, ¿verdad?

Los acompaña hasta una mesa en una esquina. Walter se sienta en un banco; Josie, en una silla de terciopelo. La carta está enganchada a un portapapeles. Ella ya había ojeado la carta por internet, para poder buscar en Google los platos que no conociese, por eso ya tiene claro qué quiere pedir. Y piensa tomar champán. No le importa lo que opine Walter.

Le llama la atención el barullo que se monta a la entrada del *pub*. Una mujer lleva un globo con las palabras «Reina del cumple» estampadas en él. Tiene el pelo de un rubio invernal y lo lleva cortado de tal manera que parece fluir como un líquido. Lleva pantalones anchos y un top que está hecho de dos trozos de tela unidos con lazos a ambos lados. Tiene la piel bruñida. La sonrisa amplia. La sigue un grupo de su misma edad; un miembro del mismo lleva un ramo de flores, otro, un montón de bolsas de regalo de tiendas pijas.

—¡Alix Summer! —dice la mujer del globo con una voz potente—. Mesa para catorce.

—Mira —dice Walter, al tiempo que le da un golpecito en la mano—. Otra cumpleañera.

Josie asiente, distraída.

—Sí —comenta—, eso parece.

El grupo sigue al camarero hasta la mesa que hay al lado de la de Josie. Esta ve que ya tienen tres cubetas de hielo esperando, cada una con dos botellas de champán en su interior. Se sientan armando un gran jaleo, comentando a grito

pelado quién se sienta dónde y asegurando que ni muertas se sientan al lado de sus maridos; la mujer de nombre Alix Summer los dirige con esa sonrisa enorme mientras un hombre alto de cabello pelirrojo, que debe de ser su esposo, le quita el globo de las manos y lo ata al respaldo de una silla. En un abrir y cerrar de ojos, todos están sentados y las primeras botellas de champán se descorchan y se sirven en catorce vasos que se alzan en las bronceadas manos de catorce personas todo pulseras de oro y camisas impolutas que entrechocan las copas, para lo que los de los extremos de la mesa tienen que levantarse, y dicen al unísono:

—¡Por Alix! ¡Felicidades!

Josie clava la mirada en la mujer.

—¿Cuántos años crees que cumple? —le pregunta a Walter.

—Ostras. Ni idea. En los tiempos que corren es complicado acertar. ¿Cuarenta y pocos, quizá?

Josie asiente. Ella cumple cuarenta y cinco. Le cuesta creerlo. Una vez fue joven, y por aquel entonces le parecía que los cuarenta y cinco tardarían mucho en llegar, o incluso creía que no llegarían nunca. Los consideraba otro mundo. En cambio, llegaron rápido y no cumplieron con sus expectativas. Mira a Walter, a lo que queda de su evanescente gloria, y se pregunta cómo sería su vida si no se hubiesen conocido.

Tenía trece años. Él era un poco mayor que ella. Bueno, más bien mucho mayor. Todo el mundo se quedó de piedra, excepto ella. Se casó a los diecinueve. Madre a los veintidós. Otra vez a los veinticuatro. Una vida vivida con el pedal del acelerador al máximo y ahora, al parecer, había llegado a la cima, y solo le quedaba llanear y comenzar a bajar despacio, satisfecha, pero en realidad no le parece haber visto ninguna cima, más bien un abismo hecho de traumas que no deja de circunvalar con un nudo de pánico en la boca del estómago.

Walter está jubilado, se ha quedado calvo y también medio ciego y medio sordo, y su cumbre queda tan atrás en el tiempo y tan embarrada por la intensidad de criar a dos niñas pequeñas que le resulta casi imposible recordar cómo era él a su edad.

Se pide un pan plano con queso feta y tomates secos y para después una *tagliata* de atún (la palabra *tagliata* viene del verbo *tagliare*, es decir, «cortar») con puré de alubias *cannellini* y una botella de Veuve Clicquot (el brut Yellow Label tiene un sabor rico y tostado), toma la mano de Walter, pasa el pulgar sobre la piel moteada por la edad y le pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí, claro que estoy bien.

—¿Qué te parece el restaurante?

—Es... Bueno, no está mal. Me gusta.

Josie sonrío.

—Estupendo —dice—. Me alegro.

Alza la copa de champán y la aproxima a la de Walter. Él brinda con ella y dice:

—Feliz cumpleaños.

A Josie se le congela la sonrisa en la cara al contemplar a Alix Summer y su gran grupo de amigos, a su marido pelirrojo que pasa el brazo por el respaldo de su silla, las grandes fuentes de embutidos y pan que les llevan a la mesa y les posan delante como salidas de la nada, su sonido, su ruido, cómo llenan cada centímetro del espacio que los rodea con sus voces y sus brazos y sus manos y sus palabras. Desprenden una energía efervescente, de privilegio glorioso. Y ahí, en el meollo, está Alix Summer con su gran sonrisa y sus dientes enormes, su cabello que refleja la luz, su cadenita de oro con un colgante que acaricia sus refulgentes clavículas cada vez que se mueve.

—¿Será su cumpleaños hoy mismo también? —sopesa.

—Quizá —comenta Walter—. Pero, al ser sábado, quién sabe.

Josie se lleva la mano al collar que lleva desde que cumplió los treinta, el que le regaló Walter ese año. Cree que quizá estaría bien añadirle un colgante. Algo brillante.

En ese instante, Walter le desliza un paquetito por encima de la mesa.

—No es nada. Sé que dijiste que no querías regalos, pero no te creí. —Le sonrío y ella le devuelve la sonrisa. Desenvuelve el paquete y saca un frasco de perfume Ted Baker.

—Es estupendo —dice—. Muchas gracias.

Se inclina hacia delante y le da un beso suave en la mejilla a Walter.

En la mesa del al lado, Alix Summer está abriendo bolsas de regalo y tarjetas de felicitación y gritando palabras de agradecimiento a sus amigos y familiares. Deja una tarjeta sobre la mesa y Josie ve que tiene el número cuarenta y cinco impreso en la portada. Le da un toquecito a Walter.

—Mira —le dice—. Cuarenta y cinco. Somos gemelas de cumpleaños.

Cuando las palabras salen de su boca, Josie siente que la invade esa sensación persistente de duelo que lleva experimentando la mayor parte de su vida. Jamás había dado con lo que desataba ese sentimiento; nunca había descubierto lo que significaba. Hasta ahora.

Significa que se ha equivocado, que todo, absolutamente todo lo que la compone como ser humano está mal y que se está quedando sin tiempo para arreglarse.

Ve a Alix ponerse en pie y dirigirse al servicio, se levanta de un salto y dice:

—Voy al baño.

Walter alza la vista de su jamón de Parma con melón, sorprendido, pero no dice nada.

Un instante después, los reflejos de Josie y de Alix están uno al lado del otro en el espejo que hay sobre los lavabos.

—¡Hola! —dice Josie, con una voz más aguda de lo que esperaba—. ¡Soy tu gemela de cumpleaños!

—Ah —comenta Alix, cuya expresión es inmediatamente abierta y cálida—. ¿También es tu cumpleaños?

—Sí. Cuarenta y cinco.

—¡Ostras! —exclama Alix—. Yo también. ¡Felicidades!

—¡Lo mismo digo!

—¿A qué hora naciste?

—Madre mía —dice Josie—. No tengo ni idea.

—Yo tampoco.

—¿Naciste por aquí cerca?

—Sí. En St. Mary's. ¿Y tú?

El corazón de Josie da un salto.

—¡También!

—¡Ostras! —repite Alix—. Esto empieza a dar miedito.

Se lleva los dedos al colgante y Josie ve que es una abeja dorada. Está a punto de hacer otro comentario acerca de la coincidencia de sus nacimientos cuando se abre la puerta del baño y entra una amiga de Alix.

—¡Aquí estás! —dice la amiga. Lleva unos vaqueros desgastados setenteros, una blusa que le deja los hombros al descubierto y unos pendientes de aro enormes.

—¡Zoe! Esta señora es mi gemela de cumpleaños. Esta es mi hermana mayor, Zoe.

Josie le sonrío a la recién llegada y le dice:

—Nacimos el mismo día en el mismo hospital.

—¡Hala! Qué pasada —dice Zoe.

Entonces Zoe y Alix desvían la conversación de la Gran Coincidencia y Josie se percata de que ese breve momento de conexión ya ha pasado, que para Alix fue fugaz y liviano, mientras que para Josie, por algún motivo, fue importante y

significativo, y no quiere dejarlo ir, quiere devolverle la vida, pero no puede. Tiene que volver junto a su marido y comerse su pan plano y dejar que Alix vuelva con sus amigos a su fiesta. Emite un «Adiós» silencioso y se da la vuelta para marcharse. Alix le sonríe y le dice:

—¡Feliz cumpleaños, gemela de cumple!

—¡Igualmente! —responde Josie.

Pero Alix no la oye.

1.00

La cabeza de Alix da vueltas. Chupitos de tequila a medianoche. Demasiados. Nathan se está sirviendo un *whisky* y el mero olor incrementa la velocidad de giro de todo lo que la rodea. La casa está en silencio. A veces, cuando la niñera a la que contratan es de las animadas, los niños aún no están en la cama cuando regresan, están inquietos e irritantemente despiertos. A veces el televisor está encendido y a todo volumen. Pero hoy no. La niñera cincuentona de voz calmada se fue hace una hora y la casa está ordenada, el lavavajillas está zumbando, la gata avanza por el largo sof a hacia Alix, ronroneando incluso antes de que la mano de su dueña haya tocado su pelo.

—Aquella mujer —le dice a Nathan, mientras se desenrolla una de las garras de la gata de los pantalones—. La que no dejaba de mirarnos. Entró al baño. Resulta que hoy también cumplía cuarenta y cinco años. Por eso nos miraba.

—Ja —comenta Nathan—. Gemela de cumple.

—Y resulta que también nació en St. Mary's. Qué cosas, ya sabes que siempre cre  que tenía una gemela, que mi madre se había dejado a la otra en el hospital.  Ser a ella?

Nathan se desploma a su lado y hace rodar el *whisky* alrededor del solitario cubito de hielo, uno de esos enormes cilindros que elabora con agua mineral.

—¿Ella? —suelta, desdeñoso—. Lo dudo mucho.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres preciosa, y ella...

—¿Qué? —Alix nota que un sentimiento de justicia le crece en el pecho. Le encanta que Nathan la considere preciosa, pero también desearía que pudiese apreciar la belleza de mujeres menos convencionalmente bellas. Ese comentario le hace parecer superficial y misógino. Y ella empieza a creer que su marido no le acaba de gustar del todo.

—A mí me pareció muy guapa. Tenía unos ojos tan oscuros que casi parecían negros. Y el pelo ondulado. En fin, qué raro, ¿no? Que dos personas nazcan en el mismo sitio, en el mismo momento.

—No tanto. Seguramente nacieran otros diez bebés ese mismo día en St. Mary's. O incluso más.

—Pero conocer a uno de ellos. El día de tu cumpleaños.

La gata está enroscada sobre su regazo. Ella le pasa los dedos por entre el pelo del cuello y cierra los ojos. Todo le da vueltas. Abre los ojos, se quita la gata de encima y va corriendo al cuarto de baño, justo al final del pasillo, donde vomita con violencia.